

*La esperanza y el delirio. Una historia de la izquierda en América Latina**

JUAN CALVILLO BARRIOS**

Un buen autor y un buen libro se presentan, no de manera circunstancial sino como reflejo de una manera precisa de medir los tiempos, en el momento oportuno. Este es el caso del libro *La esperanza y el delirio. Una historia de la izquierda en América Latina*, de Ugo Pipitone.

Desde sus primeras letras (una cita de Octavio Paz: “la crítica es el aprendizaje de la imaginación... decidida a afrontar la realidad del mundo”), el texto atrapó mi atención y la mantuvo a lo largo de toda su lectura, porque lo vinculé con un párrafo que procuro recordar a menudo, de Kafka: “no se deberían leer más que los libros que nos pican y muerden. Si el libro que leemos no nos despierta con un puñetazo en el cráneo ¿para qué leerlo?”. Este libro es uno de esos: uno que deja muchas lecciones, también preguntas, pero que finalmente, creo yo, son la pretensión de un buen libro y un buen autor.

La esperanza y el delirio presenta una imagen completa de la izquierda en América Latina, desde su gestación hasta el momento actual. Identifica las distintas etapas de su historia: el anarquismo, el comunismo, el populismo y la guerrilla, para llegar finalmente a su encrucijada actual. El título refleja, a riesgo de forzar la interpretación, como buen marxismo, la dialéctica de su desarrollo, la esperanza de que se reformule y trascienda frente a la necesidad de su existencia y el delirio en su construcción, que expulsó la crítica volviéndose un dogma adulador.

Su lectura detallada permite entender a la izquierda, tal vez identificar algunas coincidencias con ella, pero su conclusión invita a discutir con el

* Pipitone, Ugo, *La esperanza y el delirio. Una historia de la izquierda en América Latina*, España, Taururs, CIDE 2015.

** Profesor investigador en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. (jcb6705@yahoo.com.mx)

autor. En la introducción, por ejemplo, identifica sus orígenes (también los de la derecha) en referencia a la religión. ¿De qué otra manera podría hacerse? Señala que al resucitar Jesús (y subir al cielo, como dice la Iglesia), se sienta a la derecha del padre, y queda, desde este momento, dicho lugar identificado con la autoridad y gloria, con lo correcto, lo aceptado, dejando al otro, a la izquierda, como el equivocado, el rechazado, el marginado. Según el autor, la izquierda es Eva, que necesita probar el fruto prohibido, desobedecer la orden patriarcal y pagar las consecuencias. La izquierda es, pues, una afirmación de independencia, la encarnación de la virtud del no, del rechazo de lo que existe, la afirmación del derecho a contradecir, a construir la verdad propia, a equivocarse.

Pero también nos dice que si esto debió ser la izquierda, al proscribir el *no* provocó su naufragio, como aconteció con el socialismo real, ya que el *no* permitió ver la luz, crear la historia moderna, ver la oscuridad de la Iglesia. La negación del *no* es la torsión de una empresa de libertad que se convierte en su contrario. Desterrar la crítica significó dejar al pluralismo como un valor del enemigo y en su lugar entronizar la figura del líder máximo. Esto fue lo que pasó en Cuba, donde se creó un sistema político de partido único, con un líder máximo y una opresiva doctrina de Estado, donde no existía el debate sino la sumisión al líder y una mediocridad intelectual.

Destaca, además, que la izquierda latinoamericana es muchas izquierdas, que vienen de diferentes matices culturales, de diferentes influencias. Las principales son el populismo, con su nacionalismo y líderes mesiánicos, y el comunismo, con su utopía de sociedad sin clases y la crisis final del capitalismo. Sin embargo, también podemos identificar al anarquismo, del cual vino el nacionalismo y la guerrilla, producto de un renacimiento del comunismo, hasta llegar a la influencia actual, la socialdemocracia, con su asistencialismo y pragmatismo reformador.

Esto es producto, según el autor, de que a la izquierda latinoamericana le faltaran condiciones para tener un desarrollo semejante al europeo, un marco institucional democrático y un ambiente pluralista, aunque compartió la idea de la revolución y del líder carismático junto al deseo de justicia, que no siempre se acompañó de la libertad.

Por ejemplo, del desarrollo tardío del capitalismo en América (siglo XIX) y de su proletariado incipiente, que introduce en sociedades semif feudales valores y conflictos inéditos, viene el primer antecedente de las luchas de la izquierda: el anarquismo, que surgió como producto de la resistencia de

una clase al mundo que la creó y que le es hostil, a través de las duras condiciones de trabajo y de vida. Menciona que éste es un heredero radical del liberalismo, cuyo espíritu dominante es la rebeldía contra la autoridad (el Estado, la Iglesia y el capital) pues concibe, con Proudhon, que el Estado es la imposición que impide la libertad; sin él, la sociedad establece su orden natural. Así, surge uno de sus rasgos principales: el rechazo a la política.

Señala que, a la muerte de Bakunin, el anarquismo se replegó en dos tendencias, el doctrinarismo y el terrorismo. Hasta el final del siglo, se busca restablecer el contacto con la clase obrera. Con ello surge el anarcosindicalismo, que piensa en una huelga insurreccional pero lo hacen tardíamente porque los sindicatos existen sin horizontes revolucionarios y ligados a partidos socialdemócratas.

El conflicto en la izquierda termina con la primera guerra mundial y la aparición del comunismo por influencia de la revolución rusa y su pretensión de universalismo (burguesía *vs.* proletariado) aunque su peso en América fue más ideológico que estructural, y su desarrollo menos exitoso de lo esperado por la inexistencia de una clase obrera fuerte.

Los años treinta del siglo xx vienen acompañados del auge del estado interventor, que junto a un oleaje populista, ira social, espíritu antioligárquico y personalismos mesiánicos contrarrestan el auge comunista con una retórica nacionalista y el culto al líder.

Más adelante, la Revolución cubana (1957) abrió una nueva etapa comunista, mediante una fórmula inédita, la guerrilla, que genera episodios ejemplares en Cuba y Nicaragua, aunque también genera un caudillismo populista.

Recientemente (fines del siglo xx y principios del xxi), surge un reformismo progresista (liberalismo social) en Brasil, Chile y Uruguay, y aunque la socialdemocracia se asoma con fuerza, el populismo también (Venezuela, Bolivia, Ecuador), desmintiendo su declive. Ambas tendencias son los protagonistas mayores de la historia actual de la izquierda latinoamericana. El asunto es que ante los problemas y retos actuales (globalización, criminalidad, deterioro ambiental), la izquierda pareciera no tener propuestas, excepto por su llamado igualitario y su desconfianza. Las ideas, identidades y perspectivas anteriores son puestas en duda. De este escenario, señala el autor, la izquierda puede salir transformada o convertida en una minoría marginal.

Señala que, para reposicionarse, la izquierda está obligada a dar resultados en la vida de los individuos, colectividades e instituciones, haciendo

posible nuevas formas de producción y consumo; a construir una teoría vinculada a los desafíos del presente y menos dependiente de las filosofías de la historia del siglo XIX. Pues, según el autor, a pesar de tantos delirios, la izquierda ha sido encarnación del espíritu de la modernidad, crítica del presente y exploración de nuevos terrenos de lo posible. En ese sentido, debe estar insatisfecha consigo misma, debe romper los muros invisibles levantados entre las generaciones actuales y las pasadas, que entre esperanzas y delirios contribuyeron a crear el presente.

No es fácil imaginar que un universo de pobreza como el que vivimos se quede sin una expresión política ligada a la izquierda; pero si quiere permanecer, debe renovarse. El problema, y con lo cual no concuerdo, es que dicha renovación, según el autor, pase por un reformismo pragmático y asuma que su objetivo no puede ser una sociedad ideal. Justifica su postura diciendo que el río de ideas que corría de Europa a América desde el siglo XIX se ha secado, porque en el contexto actual la izquierda descubre la precariedad de derechos que se suponían adquiridos definitivamente, porque los mercados restringen la autonomía decisional de los gobiernos nacionales, y porque la evolución del capitalismo actual evidencia que en lugar de que el trabajo se emancipe del capital, es este el que se emancipa del trabajo industrial.

También por el auge de la democracia en la región desde los años ochenta, contexto en el cual la izquierda empieza un aprendizaje local que lo lleva al poder nacional, aprovechando el descontento con las reformas neoliberales. Cita algunas ideas de autores identificados con la izquierda para apoyar su propuesta o los critica con la misma intención. Por ejemplo, destaca la crítica de Petras al gobierno de Lula, calificándolo de neoliberal, y señala a Galeano por producir un panegírico a un dictador caribeño.

Es innegable el ascenso al poder de una izquierda reformadora, dice el autor (reformada, diría yo), que impulsa reformas progresivas capaces de construir Estados más democráticos y sociedades más integradas y equitativas. Lo cierto es que, como atinadamente señala, reflejan la disputa entre un capitalismo neoliberal y un capitalismo donde la economía de mercado sea compatible con instituciones representativas, eficaces y creíbles. Pero estas no son, no pueden ser, demandas de partidos que se llamen de izquierda, ni de intelectuales que se precien del mismo modo. Keynes ya lo propuso en 1936, y se le llamó ingeniero del capitalismo restaurado; se le identifica con un liberalismo moderado. Aunque Giddens, recientemente, la resucitó como tercera vía, no deja de ser capitalista y descansar en la desigualdad.

Sus resultados pueden observarse en el México posterior al modelo de la Revolución mexicana y en la América de los años ochenta y noventa, que han provocado la desigualdad que hoy en día vivimos, con todas sus secuelas, y la emergencia de los movimientos sociales.

Tal vez para la izquierda realista la disyuntiva sea abandonar lo que es deseable por aquello que es posible, defender modelos de occidente tipo Dinamarca y Suecia. Pero los riesgos ya son visibles. Después de cierto tiempo, la derecha viene por todo, y los resultados electorales de esta segunda década del siglo XXI lo dejan en evidencia. Defender posturas de este tipo de izquierda es tirar la toalla. Citando al autor, debemos rescatar la virtud del *no*: no socialdemocracia ni democracia social, pues, citando a Ackerman, la democracia es una mentira. La izquierda debe reforzar su adhesión ideológica y social, no enfatizar el pragmatismo político que dé resultados electorales.

